

EL MENDIGO

(Idea de Tourgueneff)

Cuando doblaba la esquina
ví al mendigo recostado,
triste, inmóvil y embozado
en una raída esclavina.

Al tiempo que me tendía
su mano sucia y callosa:
—¡Señor, con voz temblorosa,
una limosna!—decía.

Detuve el paso y eché
mano á mi bolsa menguada:
busqué con afán, y ¡nada!
ni una moneda encontré.

Mi faz el rubor cubría,
y él, mi afán adivinando,
fué poco á poco apartando
su mirada de la mía.

Envolvióse en su esclavina;
de su pecho, desde el fondo,

lanzó un suspiro muy hondo
y se echó contra la esquina.

Quise el camino emprender
mohino y avergonzado,
cuando otro suspiro ahogado
me hizo el paso detener.

Díjele entonces:—Hermano,
bien ves que quiero auxiliarte...
no tengo nada que darte...
nada... y le alargué la mano.

El pobre se estremeció;
abrió sus párpados rojos
y clavando en mí sus ojos
mientras mi mano estrechó,

—Mucho agradezco este bien
á tu corazón humano,
me dijo: ¡Gracias hermano!
¡Esto... es limosna también!

A. J. P.
